

opinión

Francisco Joaquín Cortés García Profesor de la Universidad de Almería



EL MODELO ESCANDINAVO

Desde las corrientes neoliberales y desde el pensamiento único se ha empezado a hablar nuevamente de la crisis del modelo de Estado de bienestar que se ha desarrollado especialmente en los países escandinavos. Si hace dos décadas, en Europa, se hablaba apocalípticamente de la crisis del Estado de bienestar, se hacía esencialmente en base al problema de la crisis fiscal del Estado.

En la actualidad, sin embargo, el planteamiento de la crisis del Estado benefactor es bien distinto. El proceso de globalización ha hecho que los sistemas económicos compitan de forma más directa, especialmente las estructuras industriales, por los que las economías gravadas con un sistema impositivo más progresivo y un

sistema de coberturas sociales más completo, según el discurso neoliberal, tendrían mayores dificultades para competir con las industrias de determinados países emergentes.

Pero a pesar de las corrientes liberalizadoras, propias de ciclos económicos exacerbados y eminentemente especulativos como el actual, todos sabemos que el Estado de bienestar no tiene vuelta atrás sin un coste democrático, al menos en términos de democracia material. El modelo de bienestar escandinavo, como en general el europeo de los países más desarrollados, no solamente se ve afectado de principios economizables. En el modelo de bienestar subyace inequívocamente un genuino concepto de ciudadanía y de par-

ticipación político-pública, claramente constitucionalizado, que pretende ir más allá de los principios de la democracia formal, e implanta derechos y obligaciones que se corresponden con los valores de solidaridad, justicia y progreso democrático.

Por tanto, en la actualidad, el Estado social se hace más necesario que nunca, especialmente para atemperar los efectos nega-

**EL ESTADO
SOCIAL SE
HACE MÁS
NECESARIO
QUE NUNCA**

tivos de la globalización. Si en su origen el Estado social se concibe como un instrumento para paliar los excesos de la Revolución industrial, en la actualidad es un marco irrenunciable de desarrollo de la ciudadanía y de materialización de la democracia que puede servir para contrarrestar los efectos del capital transnacional.

Esta estrategia del neoliberalismo de declarar recurrentemente en crisis el sistema asistencial del Estado es utilizada torcíteramente para la apropiación privada de activos públicos que han sido financiados desde el Estado durante décadas (formación de los ciudadanos, inversiones tecnológicas, infraestructuras y servicios públicos, etcétera). Pero está suficientemente demostrado que el Estado de bienestar es competitivo en sociedades eminentemente terciarizadas: genera muchas inversiones en infraestructuras públicas, es protecnológico y es mucho más eficiente en términos ambientales que cualquier fórmula transnochada de liberalismo o de pian-

teamientos lafferianos de economía de oferta. Hoy más que nunca el Estado social tiene legitimidad, especialmente cuando todos sabemos que, si no ponemos medios, estamos abocados al desastre medioambiental (calentamiento global, equilmación de los recursos naturales en los países subdesarrollados...) y social (migraciones masivas por gradiente económico).

Hablar de liberalización y de privatización del espacio público generado por los Estados de bienestar me suena a botín económico para determinados grupos económicos, a desamortizaciones interesadas y a desconstitucionalización de determinados logros y derechos de la democracia material. En definitiva, me suena a un interés soterrado por retroceder en el concepto de soberanía y de democracia material utilizando los viejos sofismas económico-liberales de la autorregulación y de la mano invisible (en este caso, la del capital transnacional y la de los grandes grupos económicos).